

den de cosas, que con servir á la oligarquía, embarazaba con pesadas trabas la avidez personal de los oligarcas.

El senado tenía una flota en las aguas de España; pero tenía mucho que hacer con los piratas de que hablaremos en breve, y que en aquella disolución aparente del coloso romano, habían tomado la mar por su cuenta. Aliados naturales de los enemigos de Roma, prestaban á Sertorio todos los servicios reclamados de ellos. Habíales abierto en la punta más avanzada de España hacia el Este, en el triple promontorio de Diana, una fortaleza que les servía de factoría para comprar los prisioneros y enviar sus presas, de vigía para explorar desde lejos el mar y dar caza á los barcos de transporte, de albergue donde ocultaban sus ligeras naves á la aproximación de los navíos de guerra.

La situación, pues, venía á ser crítica para el senado: la guerra civil rugía á las puertas de Roma y la obra de Sila amenazaba ruina. A pesar de su repugnancia en pedir nuevos servicios á Pompeyo, el senado tuvo que enviarlo en ayuda de Metelo, con los poderes proconsulares y el gobierno de la España Citerior; con lo cual se violaba la constitución de Sila creyéndola salvar.

Pompeyo no había licenciado aún sus tropas: hizo en cuarenta días sus preparativos, y se encaminó á los Alpes con treinta mil hombres de á pie y mil de á caballo (76). Para evitar los pasos defendidos por los destacamentos de Sertorio, y señalar los comienzos de su expedición con una marcha audaz, se abrió un nuevo camino, probablemente á través de los Alpes Cotianos. Las cohortes españolas se replegaron sobre los Pirineos, abandonando la Narbonesa, que expió cruelmente su rebelión, pues fué entrada á sangre y fuego: el antiguo teniente de Sila parecía animado de su espíritu. «Hasta Narbona, dice Cicerón, señaló su marcha con matanzas.» Vinieron luego las confiscaciones; después fueron expulsadas poblaciones enteras; los helvianos y los arecómicos perdieron parte de sus tierras, que sirvieron para recompensar la fidelidad de Marsella; los rutenos quedaron agregados á la Provincia; y cuando entró en España dejó á los galos por gobernador al hombre más duro y codicioso, al procónsul Fonteyo (1).

Sertorio no defendió los pasos, ocupado como estaba entonces en el sitio de Laurón (Liria), no lejos de Valencia. Pompeyo se jactó anticipadamente de su triunfo, creyendo poder expulsarlo fácilmente de sus posiciones, y marchó sobre la ciudad. «Yo enseñaré á ese bicho», dijo Sertorio, que un general debe mirar tanto atrás como adelante.» Le copó desde luego una legión, condenándola al hambre en su campamento; batió luego todos sus destacamentos; tomó la ciudad á vista de sus ojos, y lo obligó á volver á sus acantonamientos, al pie de Montserrat, en el país de los laletanos y de los indigetias, que ocupaban el ángulo N. E. de la península. Tales fueron los tristes resultados de la campaña tan pomposamente anunciada (76).

Sertorio pasó el invierno en rehacer sus tropas «que ejercitaba sin cesar según el antiguo método de nuestros pa-

(1) Se ha encontrado cerca de Liria una ninfea y una inscripción en la cual se dice que un Sertorio y su mujer Sertoriana Festa contruyeron á la construcción de esta ninfea *in honorem Edetanorum et patronorum suorum* (C. I. L. t. II, n.º 3786).

Este Sertorio Euporisto Sertoriano era sin duda el libertado de algún español, uno de cuyos ascendientes había tomado el nombre del gran general, que le concediera la ciudadanía romana. Trátase en el n.º 3744 del libertado de otro Sertorio. La concesión del *ius civitatis* era una prerrogativa del soberano, es decir, del pueblo romano; pero los generales se atribuían estas facultades en provincias. Así lo hicieron Mario y Pompeyo, cuyos actos ratificó luego una ley (Cic. *pro Balbo* 8). Lo mismo sucedería con las concesiones de Sertorio después de la pacificación de España.

dres (2),» y en fortificar su posición sobre el Ebro para impedir la reunión de los dos ejércitos romanos, el del N. al mando de Pompeyo y el del S. á las órdenes de Metelo. Después de haber sometido algunas ciudades celtiberas, una de las cuales, Contrebia, lo entretuvo cuarenta y cuatro días, llamó á su campamento á los diputados de todas las ciudades, que sostenían su causa, les expuso sus planes y obtuvo de ellos los medios de renovar su material y vestir sus soldados.

A la vuelta de la primavera, envió á Perperna al país de los ilercaones, hacia la embocadura del río, á fin de quitar á Pompeyo el medio de abastecerse por mar; él mismo remontó el valle para que el enemigo no pudiera sacar víveres de lo alto del país, y encargó á otros dos tenientes suyos, Herenio é Hirtuleyo, escalonados á lo largo de la costa, que contuvieran á Metelo, que acampaba en la Bética.

Por desgracia Hirtuleyo fué desbaratado por Metelo cerca de Itálica (3), y Perperna por Pompeyo, viniendo así á ser posible la reunión de los dos ejércitos. Acercábase uno á otro siguiendo la costa oriental, á fin de estar al alcance de la flota, que los proveía de vituallas. Para colocarse entre ellos, se lanzó Sertorio en el difícil país en que el Sucro (Júcar) y el Turia (Guadalquivir) descienden á la rica llanura de Valencia y Elche.

Atacado, primero, Pompeyo, fué vencido á orillas del Sucro; Sertorio esperaba rematarlo al día siguiente, cuando Metelo apareció. «Sin esa vieja, exclamó, hubiera yo enviado á Roma á ese presuntuoso mozalbeta, muy bien castigado.» Con esto designando á sus tropas un punto de reunión, las dispersó.

La batalla del Turia fué pues medio victoria, medio derrota, y habría necesitado Sertorio una victoria completa para conjurar el peligro en que lo ponía la reunión de los dos poderosos ejércitos: en realidad quedó batido, como quiera que había fracasado su tentativa de evitar que se reunieran los dos ejércitos enemigos.

Los dos generales se encontraron cerca de Sagunto. A la aproximación del que le era superior en edad y dignidades, Pompeyo hizo bajar las fascas; pero el viejo consular, que conocía la vanidad de su joven colega, no quiso permitirlo. La única prerrogativa que hubo de reservarse fué dar la orden, cuando los dos ejércitos estuvieran reunidos.

La dificultad de avituallar á sus tropas iba á obligarlos á separarse cuando los atacó Sertorio. Su cierva, presente de Diana, había desaparecido desde la última batalla, y unos soldados se la trajeron: compró su silencio, y anunciando que la vuelta de la mensajera de los dioses era presagio de una victoria, avanzó cubriendo su marcha para sorprender los destacamentos que el enemigo enviara á forrajear. Cayó, en efecto, sobre una división de Pompeyo bastante cerca del campamento para que este general pudiera enviar en socorro todo su ejército, que perdió seis mil hombres. Pero siempre desgraciado con sus tenientes, supo al mismo tiempo que atacado Perperna por Metelo, dejaba cinco mil muertos en el campo de batalla. Un ataque intentado el día siguiente contra las líneas de Metelo, cerca de Sagunto, no tuvo el éxito deseado. Con esto volvió á dispersar la mayor parte de sus tropas dándole previamente cita, lo que lo dispensaba de tener tesoro y almacenes. Con el resto penetró en las montañas y fué á

(2) Delaborde, *Voyage en Espagne*, p. 118; Cic. *pro Fonteio*, 2.

(3) Los hombres de aquel tiempo, aun los mejores, tenían en muy poco la vida de los demás. Sertorio mató de una puñalada al inocente correo que le llevó la infausta noticia de la derrota de Hirtuleyo para evitar que cundiera en el campamento (Frontino, *Strategem.* II, 7, 5).

caer sobre el flanco derecho del ejército combinado para embarazar sus movimientos amenazándolo sin cesar, mientras los piratas, sus aliados, cortaban los convoyes que pudieran llegar por mar. Entretanto se aproximaba el invierno y Metelo fué á tomar cuarteles á la Bética.

Mas confiado Pompeyo, marchó contra Sertorio, pero sus legiones, quebrantadas por el frío, por el hambre y por los combates continuos, á duras penas y en desorden pudieron ganar el país de los vacceos (75).

El mundo romano estaba entonces singularmente turbado. La guerra se encendía por todas partes, por tierra y por mar, en Asia, en Tracia (1), en España, á lo largo de las costas, donde se temía ver llegar á cada instante á los piratas, y con ellos, el pillaje, el incendio, el rapto. La naturaleza misma estaba llena de amagos: una peste proveniente de Egipto, atacaba á los animales, y la mortandad de las bestias de labor había traído la ruina de la agricultura, como esta ruina trajo luego el hambre que por espacio de tres años diezmo las poblaciones.

El senado agotaba los recursos del tesoro para remediar estas miserias, sin poder mantener sus ejércitos, y en la ciudad el pueblo que estaba hambriento armaba tumultos, en uno de los cuales por poco no perece el cónsul Cota, que era un hombre de bien. Cota se atrevió á decirles: «¿Y por qué habéis de vivir con desahogo en Roma, cuando los ejércitos sufren privaciones?» Al ejército de Pompeyo le faltaban los haberes de dos años, y estaba amenazado de que le faltara hasta el pan. Bajo esta impresión escribió al senado una carta amenazadora y altiva en que se leía: «Lo he agotado ya todo, mis bienes y mi crédito, y en estas tres campañas apenas me habéis suministrado lo necesario para una. ¿Creéis que pueda yo suplir el tesoro ó mantener un ejército sin víveres ni dinero? Conocéis nuestros servicios y en vuestro reconocimiento nos dais indigencia y hambre. Reflexionad sobre ello, yo os lo ruego, y no me obliguéis á tomar consejo sólo de la necesidad. Os predigo que mi ejército y con él toda la guerra de España, pasarán á Italia.»

A pesar del tono un tanto destemplado de esta carta, el cónsul Lúculo, que temía que Pompeyo fuera á Roma á disputarle el mando y dirección de la nueva guerra de Mitridates, se dió buena prisa en enviarle trigo, dinero y dos legiones.

Mitridates seguía con ojo avizor todos estos movimientos. Desde la muerte de Sila, estaba resuelto á tomar de nuevo las armas, y prometiéndole una útil diversión los triunfos de Sertorio, envió á ofrecerle cuarenta navíos y tres mil talentos: pedía sólo la cesión del Asia. Sertorio no consintió sino en el abandono de la Capadocia y la Bitinia. «Nuestras victorias, decía á sus mensajeros, deben aumentar y no disminuir el imperio de Roma.» — «¿Qué nos pedirá Sertorio cuando esté en Roma, contestó el príncipe, cuando proscrito y todo nos impone tales condiciones?»

Sin embargo, las aceptó, y Sertorio le envió uno de sus oficiales, Vario, con algunas tropas. Los piratas debían servir de lazo entre los dos aliados; mas por fortuna para la república, todo se limitó á estas embajadas: los piratas eran una fuerza indisciplinable, y á una distancia de mil leguas no pudieron concertar nada Sertorio y Mitridates.

(2) Durante toda la guerra de Sertorio, tuvo el senado que sostener en la península oriental, hasta cinco legiones contra los dálmatas, los tracios y los montañeses del Hemo (Balcanes). Estas mortíferas luchas sin provecho ni gloria, fueron momentáneamente terminadas por un hermano de Lúculo, que llegó hasta el Danubio y el Euxino (72-71). La Macedonia ganó en ello algún reposo en la frontera del norte y del este, y la vía *Egnacia*, que Cicerón llama *muestra vía militar*, más seguridad para los convoyes que iban de Europa al Asia.

Esta alianza con un enemigo de Roma sirvió de pretexto á Metelo para poner á precio la cabeza de Sertorio, y prometió al asesino 100 talentos y 2,000 yugadas (*jugera*). Después de la batalla de Sagunto, orgulloso de haber vencido allí donde su joven rival había sufrido un descalabro, tomó el título de imperator, y pidió á las ciudades coronas de oro, y á todos los poetas de la provincia cantos para celebrar sus altos hechos.

En el Sur y en el Este de la península casi todos los pueblos reconocían la autoridad de los generales de la república; pero nada estaba decidido en tanto que éstos no vencieran al grande hombre que, con Aníbal y César, resume en sí toda la ciencia militar de la antigüedad. Los dos procónsules se resolvieron á penetrar en el valle del Ebro superior, país difícil y pueblo de cabeza tan dura como sus montañas, y afecto al que, á pesar de todo, parecía ser el defensor de la independencia española. Metelo y Pompeyo hicieron retroceder á Sertorio por delante de ellos, y creyeron un día haberlo envuelto á orillas del Bilibis aumentado por las lluvias. Pero Sertorio hubo de encontrar un paso, hizo por delante del vado un gran cúmulo de árboles dispuesto en semicírculo y le pegó fuego mientras su gente pasaba.

Detenidos algún tiempo los romanos por este obstáculo de nueva invención, continuaron la persecución en la otra orilla y tan vivamente que estuvo á punto de caer en sus manos á la puerta de Calagurris (Calahorra). Los españoles lo tomaron sobre sus hombros y se lo pasaron del uno al otro hasta la muralla, mientras á retaguardia, los leales que formaban su guardia vendían cara su vida deteniendo al enemigo.

Al cabo de algunos días, salió Sertorio de la ciudad, á pesar de la vigilancia de los sitiadores, fué á buscar á sus tropas al punto de reunión dado previamente, y volvió con ellas á hostigar á las legiones, atacándolas ahora de flanco, ahora por retaguardia, bien amenazándolas de frente.

No pudiendo los procónsules abastecer sus tropas, se vieron en la necesidad de retirarse, Metelo á la Ulterior, y Pompeyo hasta la Galia, donde tomó cuarteles de invierno (74).

Graves peligros eran de temer por esta parte. Los galos de la provincia que veían prolongarse la guerra de España, habían tomado otra vez las armas y atacado á Marsella y á Narbona, que á duras penas pudo salvar Fonteyo. Fué preciso que Pompeyo invirtiera todo el invierno en sofocar una insurrección que cortaba sus comunicaciones con Italia é impedía á la Narbonense abastecer á sus legiones.

Los acontecimientos militares de los años 73 y 72 son desconocidos. A dar crédito á las narraciones propagadas por sus adversarios, Sertorio hubo de perder en la molición y los desórdenes aquella actividad que hasta entonces había sido su fuerza. La envidia y el odio velaban á su alrededor: los senadores que había recogido se veían con despecho obligados á obedecer á un advenedizo y se propusieron hacerlo odioso abrumando de exacciones á los españoles.

Todo esto es poco verosímil: esa molición, esos desórdenes que de repente aparecen en la vida de un rudo soldado son en verdad sospechosos; ni era capaz tampoco de permitir dilapidaciones que hubieran perjudicado sus proyectos. Pero viendo algunos desterrados que habían hecho ya bastantes sacrificios por su causa, por la de Sertorio, buscaban una ocasión para salir de su acomodamiento, siquiera fuese á costa del bravo caudillo que los había acogido y salvado. Luego, la guerra cansaba ya hasta á los españoles; la carga de mantener y vestir al ejército libertador parecía ya hartos pesada y se revelaban señales de descontento. Sertorio las reprimió con dureza y agriado por esta resistencia



inesperada, suspicaz porque se creía rodeado de enemigos invisibles, hubo de dejarse llevar á actos, que le enajenaron más los ánimos. Muchos de los niños retenidos en Osca fueron vendidos ó degollados: un jefe proscrito que se defiende con suplicios está medio vencido. Con esto se formó una conspiración, cuyo jefe era Perperna, y lo asesinaron en medio de un festín.

Perperna, que ocupó su puesto, no tenía ni los talentos de Sertorio, ni la confianza de las tropas; y así sólo sufrió descalabros hasta que cayó en manos de Pompeyo. Por rescatar su vida, ofreció entregar las cartas de los personajes de Roma, que habían invitado á Sertorio á pasar á Italia. Pompeyo pensaba ya en romper con el senado, y no quiso abandonar á sus venganzas á hombres de que pensaba hacer amigos: quemó pues las cartas sin leerlas y mandó degollar al traidor. Los demás asesinos acabaron lo mismo, excepto uno solo, que oculto en un villajo de los bárbaros, vivió miserablemente, despreciado de sus mismos huéspedes. Plutarco es aficionado á estas historias de venganza divina, y tiene razón: el crimen arrastra su castigo tras sí con más frecuencia de lo que se cree.

Sin embargo, corrió todavía mucha sangre antes de que se restableciera el sosiego en España. Los jefes indígenas que, asociándose á Sertorio, no habían combatido más que

por sí mismos, se encerraron en las plazas más fuertes y se defendieron en ellas durante un año con el encarnizamiento que en todos tiempos mostraron los españoles en los sitios. En Calagurris degollaron á sus mujeres é hijos y se alimentaron con los cadáveres conservados en sal (1).

Después de la muerte de Sertorio, volvió Metelo á Italia, por lo cual hubo de dirigir Pompeyo las últimas operaciones de la guerra, cuya gloria fué toda para él, que parecía haberla acabado solo. En la reorganización de las dos provincias, fundó la influencia que tuvo después en este país, donde existen todavía muchos arcos de triunfo á los cuales refiere su nombre la tradición. Concedió á muchos españoles que lo habían servido el *jus civitatis*; entre los vascones, edificó una ciudad á que dió su nombre, *Pompeión* (*Pamplona*, Pamplona); y en el valle superior del Garona fundó para los restos de las tropas de Sertorio, la de *Lugdunum Convenarum* (Saint-Bertrand de Comminges). En fin, en la última cresta de los Pirineos erigió un fastuoso trofeo, cuya inscripción decía que, desde los Alpes hasta el estrecho de Hércules, había tomado ochocientos setenta y seis ciudades.

Una nueva guerra esperaba en Italia al vanidoso general: Craso lo llamaba contra los gladiadores, como Metelo lo había llamado contra Sertorio.

## CAPITULO XLIX

### ESPARTACO.—RESTABLECIMIENTO DEL PODER TRIBUNICIO.—GUERRA DE LOS PIRATAS

#### I. — LOS GLADIADORES (73-71).

Cierto Léntulo, por apodo el *Batuato* (*Batuatus*) (2), ó el Maestro de armas, liberto de algún miembro de la *gens Cornelia*, tenía por su cuenta en Capua cierto número de gladiadores, que alquilaba á los nobles de Roma para sus juegos y fiestas. Doscientos de ellos, en su mayoría galos ó tracios, formaron un complot para escaparse. Descubierta el proyecto, setenta y ocho, advertidos á tiempo, quisieron sustraerse á la venganza de su amo, y entrando en la tienda de un carnicero se apoderaron de cuchillos y hachas y salieron de la ciudad para ganar la montaña, como hace todavía cualquier italiano comprometido en algún lance. En el camino acertaron á encontrar carros cargados de armas de gladiador que iban á otra ciudad, y apoderándose también de ellas, corrieron al Vesubio. El volcán dormía apagado hacía ya mil años, y la vegetación cubría sus pendientes; allí pues encontraron fácilmente donde esconderse y un lugar de difícil acceso. Desde luego eligieron «tres jefes, dos galos, Crixo y Enomao, y un tracio, Espartaco, que á una gran fuerza corporal, añadía una prudencia y una dulzura más dignas de un griego que de un bárbaro. Refiérese que la primera vez que lo llevaron á Roma para venderlo, se vió que, mientras dormía, se le enroscó á la cabeza una serpiente. Su mujer, de la misma nación que él, estaba poseída del espíritu profético de Baco, y hacía el oficio de adivina; y declaró que este signo anunciaba á Espartaco un poder tan grande como terrible y cuyo fin sería dichoso.

(1) *Quoque diutius armata juvenus sua viscera visceribus suis alet, infelices cadaverum reliquias sallire non dubitavit* (Valer. Max. VII., vi, 3).

(2) Del latín *batuere*, batir, pelear, golpear, sacudir, machacar, etcétera.

á la sazón estaba con él y lo acompañaba en su fuga (73).

Al principio rechazaron á algunos soldados enviados de Capua contra ellos, apropiándose también sus armas. El pretor Clodio, que llegó de Roma con tres mil hombres de tropa, los sitió en sus posiciones. De ellas no se podía bajar sino por un sendero estrecho y difícil, cuya entrada guardaba el pretor con su tropa; fuera de este sendero, todo eran rocas cortadas á pico, por las cuales trepaban algunas vides silvestres. La gente de Espartaco hizo sólidas escalas con los sarmientos de estas vides, y todos bajaron con la mayor seguridad. Uno de ellos quedó arriba para descolgarles las armas que habían dejado aquéllos para no embarazar su descenso.

Atacados súbitamente los romanos, emprendieron la fuga dejando su campamento en poder del enemigo. Este notable triunfo atrajo á los gladiadores gran número de boyeros y pastores de las cercanías, ágiles y robustos. Espartaco armó á unos y se sirvió de los otros, á quienes no alcanzaron las armas, de exploradores y tropa ligera.

Otro general, el pretor Publio Varinio, vino luego contra los insurgentes: estos derrotaron, primero, á uno de sus tenientes que los atacó con dos mil hombres, y otro estuvo á punto de caer en poder de ellos con todas sus fuerzas. El mismo Varinio sufrió muchos descalabros, perdiendo en un encuentro sus lictores y su caballo de batalla, de que se apoderó Espartaco.

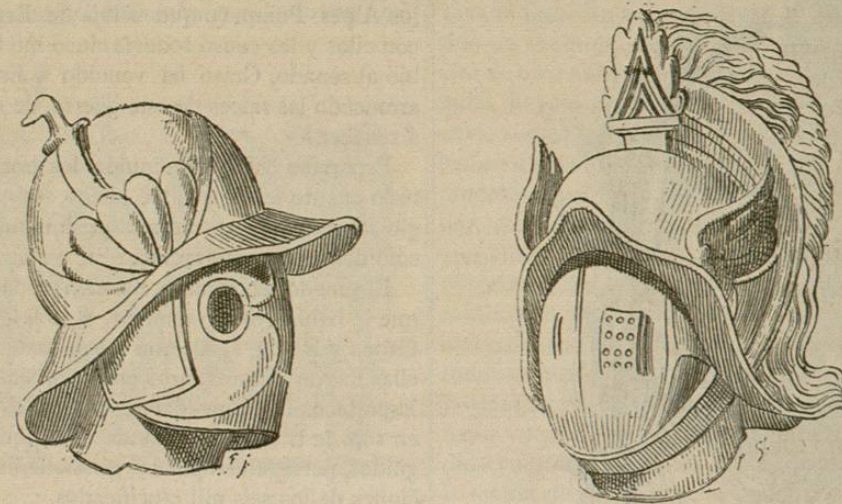
Este jefe de bandidos se revelaba hábil general y previsor político: no se dejó deslumbrar por sus victorias, y mientras los suyos hacían la guerra como esclavos desencadenados contra sus amos, combinaba él planes de campaña, y lo que es mejor, planes de retirada. Comprendía muy bien que sus bandas no podrían nunca triunfar del poder romano, y hubiera querido conducir las hacia los Alpes, á

fin de que cada cual se retirara á su país, los unos á la Galia, los otros á la Tracia. Pero vengarse y gozar, degollar á los hombres, violar á las mujeres, después del asesinato la orgía en alguna *villa* ó granja sorprendida, cuyos dueños les servían de escanciadores, y celebrar por un camarada muerto pomposos funerales en que trescientos romanos combatían alternativamente como gladiadores, era todo lo que aquellas almas degradadas por la esclavitud buscaban en la libertad. Así, cuando Espartaco les habló de marchar hacia el Norte, aquellos ribaldos se negaron á seguirlo.

Al principio, se había avergonzado el senado de enviar legionarios contra semejantes enemigos; pero ahora comenzaba ya á temerles. Muchas de las mejores quintas eran ya

cenizas, y aun algunas ciudades, como Nola, Nuceria, Cora y Metaponto habían sido saqueadas con todo el furor de unos hombres que satisfacían al fin grandes resentimientos y rencores. Para salvar los restos de una ciudad, donde no querían dejar alma viviente, tuvo Espartaco un día que dar el toque de alarma, como si se acercaran las legiones, en cuyo caso urgía huir de la ciudad para no ser cercados en ella. Había hecho de Turio su plaza de armas con talleres y almacenes, y desde allí llamaba á la libertad á todos los esclavos, habiendo llegado á reunir hasta cien mil hombres.

La necesidad hizo callar los escrúpulos del senado y puso en pie de guerra dos ejércitos consulares contra unos bandidos que valían más que los soldados (72). Gelio, uno de



Cascos de gladiadores (1)

los cónsules, cayó súbitamente sobre un cuerpo de germanos, que por presunción se había separado de las tropas de Espartaco, y lo derrotó completamente; pero fué menos afortunado contra el grueso del ejército. Léntulo, su colega, que había dividido sus tropas en varios cuerpos para envolver al enemigo, sufrió á su vez grandes descalabros, y no tuvo mejor suerte otro ejército de diez mil hombres que vino de la Cisalpina.

Con esto, en las elecciones del año 71 no se presentó ningún candidato á solicitar el peligroso honor de combatir al héroe que se había presentado bajo el traje de un esclavo.

Craso, aquel teniente de Sila, á quien correspondía todo el honor de la victoria ganada delante de la puerta Colina, se ofreció, en fin, á los sufragios y fué comisionado para la guerra servil con el título de pretor. A la fama de su nombre hubieron de acudir muchos voluntarios y pudieron organizarse hasta ocho legiones. Con ellas fué á acampar al Piceno para esperar á Espartaco que marchaba en esta dirección, mientras su teniente Mumio, haciendo un gran rodeo, seguía de lejos al enemigo, con prohibición expresa de combatir ni aun empeñar una escaramuza.

Sin embargo, en la primera ocasión, ofreció Mumio á Espartaco la batalla, y Espartaco la aceptó en buen hora poniéndole fuera de combate casi todo el ejército, pues los que no murieron al filo de la espada, huyeron cobardemente arrojando las armas.

Craso trató duramente á Mumio, y no dió otras armas á sus soldados hasta después de haberles hecho jurar que en adelante las guardarían mejor; pero quinientos de ellos, que habían dado el mal ejemplo de la fuga, fueron diez mados para sufrir la pena capital.

(1) Según Mazois, pinturas de la casa de Escauro, en Pompeya.

«Espartaco se replegó hacia la Lucania y el Brucio, y en la costa encontró unos corsarios cilicianos, que le inspiraron la idea de lanzar dos mil hombres á Sicilia. Este número hubiera bastado para encender otra vez en la isla la guerra de los esclavos, que recién extinguida, hubiera estallado en un incendio con una sola chispa. Y concluyó un pacto con los piratas, que se hicieron pagar por adelantado y se hicieron luego á la mar dejando en tierra á los que debían haber embarcado.

Espartaco estaba acampado en Regio, y cuando Craso llegó, emprendió la obra de cerrar el istmo con un foso, á fin de ocupar sus soldados y rendir por hambre al enemigo. De una á otra mar hizo abrir, en una extensión de 300 estadios, una amplia zanja de 15 pies de profundidad y á todo lo largo alzó un murete bastante sólido; laboriosa obra que se hizo, sin embargo, en poco tiempo. Espartaco se burlaba al principio de estos trabajos; pero cuando quiso salir á forrajear, se encontró atajado por este muro, y como no podía sacar nada de la península, buscó medios para salir de ella. Una noche que nevaba copiosamente, llenó de tierra, de ramas de árboles y otros materiales una parte de la zanja, por la cual hizo pasar á su ejército. Craso temía que Espartaco se dirigiera derecho á Roma; pero se tranquilizó viendo que el enemigo dividía sus fuerzas. En su seguimiento, por poco no copa á un cuerpo que se había separado del ejército principal; pero Espartaco lo salvó acudiendo de repente en su ayuda.

Craso había escrito al senado representándole la urgente necesidad de llamar á Lúculo de la Tracia y á Pompeyo de España para secundarlo en esta guerra; pero luego se arrepintió de esta gestión, comprendiendo que se atribuiría el honor del vencimiento al que hubiera venido á socorrerlo. Con esto, resolvió terminar la guerra solo, abreviando